

## «QUE LA FE NO SEA NUNCA CAUSA DE DIVISION ENTRE LOS ESPAÑOLES», DIJO EL CARDENAL TARANCON EN SU DISCURSO

*Clima sereno en la apertura de la XIX Asamblea Plenaria del Episcopado. El ambiente de la casa de ejercicios del Pinar de Chamartín ha ido ganando en sencillez a lo largo de las Asambleas. Y en la que ayer abrió sus puertas no se registraba nada parecido a la tensión. Algún periodista que ayer por primera vez acudía a las sesiones mostraba su asombro por el aire de fraternidad y sencillez de los obispos, por la falta de empaque del ambiente. «No tiene nada que ver con lo que la gente se imagina» decía.*

*Tampoco eran muchas las noticias. El aire de politización que se presentía en semanas pasadas no aparecía por lugar alguno.*

*En rigor —aparte del importante discurso leído emocionadamente por el presidente de la Asamblea— la única «noticia», lo único novedoso, fue el aplauso de todos los obispos —todos sin excepciones visibles— al nuncio de Su Santidad, cuando ayer su gestión fue cálidamente elogiada por el cardenal Tarancón. Son pocos los obispos en aplausos. No recuerdo que en ninguna de las anteriores Asambleas se interrumpiera el discurso del presidente para aplaudir. El cálido aplauso a monseñor Dadaoglio era por ello novedad.*

*Noticia también, en cierto modo, la progresiva apertura a la Prensa. El telón del secreto comienza a convertirse en cortina de discreción, mantenido sólo el secreto para lo que realmente deba serlo.*

*Hoy la crónica se reduce, pues, a resumir las muchas importantes cosas que el cardenal presidente dijo en los quince días de su discurso. Palabras a la vez serenas y comprometidas, que ni esquivan problemas, ni abren heridas. En ellas parece resumirse —mejor que en ninguna impresión del periodista— el espíritu de la Asamblea que ayer comenzó.—P. MARTIN DESCALZO.*

### El discurso del cardenal Tarancón

En su discurso el presidente de la Conferencia Episcopal —señalando que prefería abstenerse del tema que será centro de estas jornadas en torno a «la evangelización del mundo de hoy»— se centró en la idea de la reconciliación, que ha sido propuesta por Pablo VI como idea central del Año Santo. Y dijo, entre otras cosas:

«El Año Santo, por su propia naturaleza y por el carácter peculiar que ha tenido siempre, es un año de «perdón»: de reconciliación con Dios.

Al hablar de nuestra reconciliación con los demás creo que es indispensable poner como base nuestra comunión con el Papa, Vicario de Cristo en la tierra, cabeza visible de la Iglesia y, por tanto, también de la Iglesia en España, roca en la que adquiere unidad y consistencia nuestra vida y nuestra actuación episcopal.

Ya sé que la fidelidad al Romano Pontífice ha sido siempre y continúa siendo ahora, el distintivo —iba a decir el orgullo— del Episcopado español y de todos y cada uno de los obispos. Pero es indispensable que en las circunstancias actuales esa fidelidad al Papa —que no es tan sólo

la obediencia a sus mandatos, sino la docilidad absoluta a sus deseos e insinuaciones— se manifieste con toda claridad delante de los fieles.

Y es de justicia —y cumplimiento al hacerlo un gratisimo deber— manifestar públicamente nuestra gratitud a Pablo VI por las atenciones, las deferencias y la confianza que nos ha manifestado en todas las ocasiones. Más de una vez me he sentido hondamente conmovido en las distintas visitas —largas y amistosas— que le he tenido que hacer por la amabilidad como me trataba —amabilidad que iba dirigida a todo el Episcopado— por la confianza que manifestaba a nuestra Conferencia y hasta por la esperanza que me infundía cuando, quizá, en algunos momentos por circunstancias especiales me sentía yo un poco triste y acojonado. «Dominus conservet eum».

Y, ¿me perdonará el señor nuncio que nos acompaña si añado que el representante del Papa en España facilita al máximo nuestra reconciliación y comunión con él porque encontramos siempre en su trato una comprensión, un deseo de ayuda y, sobre todo, un corazón auténticamente pastoral que comparte perfectamente nuestras preocupaciones de pastores y nos da aliento en nuestros desfallecimientos?

Dios se lo pague, señor nuncio, y puedo asegurarle que todos los obispos españoles le queremos, le comprendemos y le agradecemos su sincera colaboración.

### LA UNION CON SACERDOTES Y FIELES

Nuestra reconciliación con los sacerdotes, religiosos y fieles tampoco es fácil en estas circunstancias:

—Existe una división clara en la Iglesia y nosotros hemos de ser el principio de unidad y el vínculo de caridad.

—Nosotros, además, no podemos ser «parciales», pero tampoco podemos ser neutrales. Estamos comprometidos con el Concilio Vaticano II, con su interpretación auténtica que la hace el Papa y con la realidad de nuestra propia Iglesia. No podemos inhibirnos, pero he-

mos de seguir siendo principio y vínculo de caridad.

—La cosa resulta un poco más complicada porque la dialéctica enfrenta las tendencias distintas y unas y otras tendencias tienden a alinearnos en sus filas, con lo que se hace más ardua esa reconciliación.

No quisiera que interpretárais mis palabras como pesimistas ni como una lamentación de que nos haya tocado vivir estos tiempos difíciles. Es el Señor el que nos ha situado en esta coyuntura histórica y el que nos dará la luz y la fuerza necesaria para que podamos salvarla con generosidad. Y hemos de agradecerle —aunque nos cueste— que nos haya escogido para esta etapa difícil y espinosa pidiéndole que sepamos ser «el grano de trigo que se pudre bajo la tierra «para que después estalle con toda pujanza la espiga, aunque nosotros no lleguemos a ver esa «nueva primavera de la Iglesia» que el Espíritu Santo está preparando.

### LA UNION DE TODA LA COMUNIDAD

La Iglesia está pasando por una etapa difícil como lo son todas las que exigen una intensa renovación, según nos enseña la Historia. Y por múltiples razones nues-

tra Iglesia en España está pasando también por un momento especialmente delicado.

Nadie se escandalizará si digo que nuestros sacerdotes, nuestros religiosos, nuestros fieles, están divididos. Con el riesgo de que se pueda romper la unidad.

Las acusaciones mutuas, empleando, en no pocas ocasiones, medios que moralmente no se pueden justificar y hasta utilizando en alguna ocasión acusaciones verdaderamente calumniosas, no diré que sean frecuentes, pero se dan realmente.

Y lo más triste es que esas acusaciones se hacen, al parecer, por motivos nobilísimos, por ser fieles a Cristo, por defender a la Iglesia, por el deseo de influir eficazmente en este mundo que se aparta más cada día de Dios.

En ciertos ambientes se fomenta un clima de desconfianza hacia sacerdotes o cristianos de tendencias diferentes y hasta de desconfianza hacia los pastores.

#### CAMINOS PARA LA UNIDAD

Es necesario que recordemos a todos —y robustezcamos ese recuerdo con nuestra propia conducta— que:

—Nadie en la Iglesia, fuera del Magisterio auténtico, tiene derecho a imponer a los otros normas o criterios, mucho menos si son puntos de vista personales, en nombre del Evangelio.

—Nadie tiene derecho a interpretar las intenciones de los demás, y mucho menos a suponerlas «torcidas», aunque algunos de sus actos o de sus posturas nos parezcan extraños.

—Nunca tendremos derecho a ser causa de división, ya que hasta la misma verdad ha de ser defendida con caridad, como nos dice San Pablo: «Veritatem facientes in caritate.»

—Podemos hacer mucho para vencer a los hombres de todas las tendencias de que es mucho más lo que nos une que aquello que nos separa. Y no sería difícil conseguir la unidad en la inmensa mayoría de las cuestiones si ambas partes adoptaran una actitud de buena voluntad, propia de los hombres que creen en el Evangelio. Las divergencias legítimas que pueden y deben existir dentro de un clima de fe y de auténtica caridad, serán también ellas útiles y hasta fecundas para el bien común.

#### LA UNIÓN EN LA CONVIVENCIA SOCIAL

Si nuestra misión propia y específica se realiza en la comunidad cristiana de la que somos pastores, nuestra acción salvadora, como representantes de Cristo y ministros de la Iglesia, debe alcanzar a todos los hombres. La Iglesia es instrumento de reconciliación para el mundo, para todos los hombres, y nuestra misión reconciliadora debe extenderse también a la convivencia social, a conseguir la unidad, el amor y la paz para todos.

Y si esto es verdad en todas partes no cabe duda de que en España, en donde el catolicismo de tal manera se encarnó en la vida social que configuró muchas de sus costumbres, y en donde la comunidad eclesial y la comunidad política casi se identifican porque son católicos la inmensa mayoría de españoles y en donde, por lo mismo, lo religioso y lo eclesial tiene una influencia casi decisiva en la vida social y lo sociopolítico tiene, por lo mismo, una influencia decisiva en la vida religiosa y en la vida de la misma Iglesia, esta misión nuestra cerca de la sociedad, en su aspecto humano —en lo que llamamos convivencia social— tiene una especial trascendencia.

Nuestro régimen español es, además, oficialmente católico y tiene a gala manifestarse como tal, queriendo ser fiel a las enseñanzas de la Iglesia, lo cual hace que la misma realidad social tenga necesarias repercusiones en la vida de la Iglesia y en la conciencia de los cristianos.

Por todas estas razones, este Año Santo de reconciliación debe tener entre nosotros no sólo una dimensión eclesial, sino también sociopolítica.

¿A qué nos obliga a nosotros esta misión de ministros de reconciliación con res-

pecto a esa convivencia de nuestros hermanos españoles y en ese campo de la convivencia social?

Creo, hermanos, que nuestro primer deber en este aspecto es el de procurar con todo esmero que la fe no sea causa de división en el orden humano. Es necesario que recordemos con palabras y con hechos lo que afirmó claramente Pablo VI en la «Octogésima adveniense», y que recordáramos nosotros en el documento «La Iglesia y la comunidad política»: «Una misma fe cristiana puede conducir a compromisos diferentes» en el orden temporal; social y político. Y que «esta pluralidad de opciones, que brota del dinamismo de la fe —como recordábamos en el mismo documento—, no se realiza sólo a través de compromisos individuales, sino que puede y debe darse en los diversos cauces asociados e institucionales.»

#### LA DEFENSA DE LA JUSTICIA COMO SERVICIO A LA UNIDAD

En la promoción y defensa de la justicia en el mundo —no olvidemos que el hombre ansia cada vez más esa auténtica justicia que reconoce y defiende los derechos inalienables de la persona— podríamos encontrar, al parecer, el gran medio para ser instrumentos o ministros de reconciliación, porque parece que fácilmente se deberían encontrar todos los hombres —más particularmente todos los cristianos— en una tarea que a todos parece no sólo noble y digna, sino necesaria.

Pero quizá esté ahí —por una de las paradojas tan frecuentes en la vida de los hombres y de las sociedades— la dificultad mayor para conseguir esa reconciliación en la convivencia social por la cual nosotros tenemos el deber de trabajar.

Y aquí surge la dificultad mayor para

que podamos ser nosotros instrumentos de reconciliación en ese campo. ¿Qué habremos de hacer —y me refiero concretamente a este aspecto de la reconciliación que hemos de procurar durante el Año Santo— para no convertirnos en causa de división al querer cumplir con un deber sagrado? ¿Tendremos que callar para evitar las enemistades y las rupturas? En nuestro documento decíamos: «Pero tengan todos presente que el silencio por falsa prudencia, por comodidad o por miedo a posibles reacciones adversas, nos convertiría en cómplices de los pecados ajenos, seríamos pastores infieles a la misión que Cristo nos encomendó, con perjuicio para los más débiles y oprimidos, y, en definitiva, cedería en desprestigio de nuestras comunidades cristianas al mostrarlas incapaces de oír la palabra salvadora que a todos nos invita a la penitencia y a la conversión.»

Es, precisamente hablando, incluso con severidad, en algunas ocasiones, aunque siempre con serenidad, con prudencia y con caridad, como podremos ser verdaderos instrumentos de reconciliación que de momento nuestra palabra o nuestra postura moleste. Porque no puede fundarse la paz sobre la injusticia. No puede conseguirse una auténtica reconciliación entre los hombres sin el reconocimiento de la verdad de Dios y de los derechos de todos.

#### ALGUNOS DOLOROSOS SUCESOS RECIENTES

Os estoy hablando de reconciliación en unos momentos harto difíciles, a juzgar por los fenómenos exteriores, ya que no sólo se han producido hechos dolorosos y enfrentamientos tristes, sino que parece que la agresividad se haya desatado, la discordia se haya impuesto como norma común e incluso puede parecer que la misma Iglesia —por medio de algunos de sus miembros— se haya convertido en fuente de discordia en el ambiente civil.

Incluso da la impresión, hermanos, de que la misma jerarquía está siendo causa, o al menos ocasión, de discordias en el plano de la convivencia social. No creo que sea imprudente decir esto claramente cuando ni el silencio ni la inhibición pueden borrar los hechos y los comentarios que están en la conciencia de todos.

Yo lamento con toda el alma esos incidentes y, sobre todo, ese clima de nerviosismo y de agresividad que se está fomentando, sin mala intención, creo yo, pero con actitudes y comentarios que considero francamente desacertados. Y tan sólo quisiera, en el pórtico del Año Santo, llamar a mi mismo la atención y a todos los españoles sobre la necesidad de mantener una actitud serena y cordial.

Por mi parte hago cuanto me es posible, no sólo para mantener esa serenidad, sino para abrir cauces de diálogo, para ser comprensivo con todos, para crear un clima de amistad.

Es necesario decir públicamente que la jerarquía quiere y busca en todo momento la comprensión y la cordialidad. Que si alguna vez, a unos o a otros, ha de hacer una advertencia, quizá una corrección un poco severa, no es con el ánimo de herir, sino de sanar, cumpliendo un deber irrenunciable.

Sería mucho más cómodo callar en ciertas circunstancias o hablar para defenderse contra acusaciones infundadas, quizá calumniosas. Pero hablando en el primer caso, se cumple un deber ineludible. Y callando en el segundo se acepta un sacrificio y una humillación por el bien de la paz, para conseguir más fácilmente la reconciliación.

Todos y cada uno de los obispos de esta Conferencia Episcopal amamos con pasión a la Iglesia y estamos siempre dispuestos a servirla hasta con sacrificio, pero somos también españoles que amamos a nuestra patria con pasión y estamos siempre dispuestos a sacrificarnos por ella —por su bienestar y por su paz— y estaremos siempre prestos —aunque nos sabemos limitados y fallibles— a sacrificarnos por el bien de la Iglesia y por el bien de la patria, a trabajar incansablemente para conseguir la armonía, la concordia, la paz —la auténtica reconciliación—, dentro y fuera de la Iglesia.